

lluvia nortea y volvimos al buen pescado de *La Bombi* donde Marramao nos recitó a Dante y D'Annunzio, *a piacere*. María Vela y yo, para no ser menos, le recitamos a Quevedo, Paz, Machado y Jaime Gil de Biedma. Marramao eligió al mexicano entre todos, abrió los ojos y lo elogió añadiendo que lo había leído y lo admiraba. Comprendí esa noche que Marramao era un filósofo que pensaba con la poesía al lado (que no de lado) y que sabía combinar ambas cosas. Por la mañana, Giacomo sorprendió con su exposición sobre «Sujetos impresentables», título que le hubiera gustado utilizar a González y que no dudo que acabará utilizando. Marramao habló de filosofía política y criticó a las democracias occidentales (a las que estima y defiende) por su *insuficiencia* en la incorporación de la pluralidad cultural y étnica, segregando ciertos sujetos (diferentes) por impresentables dentro de los marcos democráticos. Es necesario profundizar en la democratización de nuestras instituciones, de nuestras nociones culturales y los códigos de nuestra convivencia con el fin de alcanzar sociedades interculturales sin centros hegemónicos. O esto entendí yo, ya que no alcancé a un traductor portátil. González tuvo una intervención audiovisual: habló de ciertos artistas del diecinueve y de las vanguardias históricas, especialmente del surrealismo, y proyectó diapositivas. No fue muy teórico, pero sí cáustico, impactante y con un humor recortado que despertó simpatías. ¿Su tema? La vanidad y banalidad del artista, su dicotomía con la obra, los delirios de autosatisfacción que lo llevan a exponer como obras artísticas obras u objetos que forman parte de una subjetividad delirante. Hizo una cala en Freud, «ese señor que veía buitres por todas partes» y analizó su lectura del sueño de Leonardo, donde ve (debido a un error de la traducción que hace del italiano) buitre cuando en realidad se trataba de algún ave más ligera capaz de posarse en la cuna del pequeño Leonardo sin demasiados agravios. Interrogado por la pertinencia de su intervención por una alumna que hizo esta pregunta a todos los ponentes, González contestaría que no tenía ni idea. A lo cual varios alumnos salieron en su defensa diciendo que tuviera o no que ver con la crisis del sujeto, había valido la pena, que enhorabuena, maestro.

Javier Echevarría, que enseña filosofía de la ciencia, habló de una pasión suya, Telépolis, y desde ese diseño del mundo visto a distancia a través de las pantallas, dibujó una suerte de sujeto que tiene acceso a todo en el pequeño espacio de la pantalla de su televisión convertida en un verdadero espacio «interactivo». Aunque él no lo veía con entusiasmo, mi visión es menos optimista: el habitante de Telépolis quizá sólo llegue a reconocerse a sí mismo viéndose en la pantalla donde para él, el mundo *realmente* ocurre.

El espectáculo de una tormenta que azotó el palacio como si quisiera desgajarlo del istmo y, ya convertido en barco, lanzarlo a las aguas del

Cantábrico, me distrajo y me perdí algunas intervenciones; así que sólo me enteré a medias de las nostalgias de Lynch del siglo XVII y del escepticismo militante de Subirats, que lo expresa con tanto entusiasmo que parece un mosquetero blandiendo el florete —al tiempo que apura un *scotch*— contra catervas de ilusos optimistas, románticos y esperanzados. Fernando Savater, que vino acompañado de su mujer, Sara Torres (que intervendría sobre la imagen de la mujer en la historia del cine) cerró el seminario con una intervención sobre los límites del nuevo ciudadano, es decir que centró su meditación en el terreno que le es grato, el de la ética: qué puedo hacer y qué quiero o puedo permitir que me hagan. El nacionalismo era la realidad de fondo de esa meditación, ya que supone particularidades a priori que se convierten en diferencias irreductibles, ahistóricas, sobre las que se considera al otro (al de al lado, al musulmán, ateo o bajito), a todos los que no son *lo mismo*, amenaza potencial de esa distinción que nos otorga una identidad, por lo demás ilusoria. Una identidad que no está dada por la relación con los otros, con la diferencia, sino que me viene de fuera de la relación, de un comienzo cuya pureza está siempre a punto de ser mancillada por los acuerdos de la racionalidad. Creo que dijo esto, o algo así, y lo salpicó de bromas, paradojas, cuando no directamente chistes, que no quitaron interés ni inteligencia a su intervención. Ya lo recomendaba Juan de Mairena a sus alumnos: si Kant en la *Crítica de la razón pura* hubiera colado alguna broma aquí y allá, seguiría siendo uno de los grandes libros de la filosofía, pero, además, sería más agradable de leer. Ya de noche, mientras bebíamos un vino cigaleño y nos atracábamos con algunos embutidos memorables, Savater y Lynch, incitados por Subirats, volvieron a las nostalgias. Fernando, nada nostálgico de ningún siglo, a los que considera invenciones de una gran movilidad, le recordó a Lynch que muchos de los autores del XVII que tanto admira, eran denostados en el XVIII, por ejemplo: Voltaire menospreciaba a Shakespeare, y Cervantes mismo —aduje yo— a pesar del éxito de su *Quijote*, fue despreciado por muchos de los escritores de su tiempo; así —continuó— que un siglo como el nuestro, que se caracteriza, entre otras facetas menos exaltables, por la valoración y el aprecio de esos escritores, no debe ser tan vulgar como Lynch supone. Luego sacó a colación la novela de Mme. Lafayette, *La princesse de Clèves*, que Lynch no había leído. «¡Pero si esa novela es el mismo siglo XVII!», dijo Fernando con verdadera nostalgia, mientras que Enrique comprendía que su nostalgia tal vez no tenía nada que ver con un tiempo concreto. Y ahí volví a terciar: la nostalgia de otras épocas en ocasiones está asistida por la ausencia de cuerpo que reviste tal nostalgia. Me explico: pensamos en el siglo XVIII o en la Atenas de Pericles, pero nuestro cuerpo no está allí, no padecemos el peso de las horas ni tampoco el de las normas

de esos tiempos. Encarnamos una antología, un teatro de esas épocas en las que, ajenos al tiempo, nos movemos. Soñamos con selvas sin mosquitos, etc. Y Subirats añadió: el nostálgico es un optimista al revés: cree que hay algo excelente, realmente óptimo, pero que ya ha pasado. Este tema algo melancólico —aunque expresado todo levantando vasos, rellenando y agotando los platos de embutidos, bonito con tomate y gambas, escandalizando un tanto a los comensales de las otras mesas con las risas y los brindis por lo más inusitado— nos llevó a esa inclinación flageladora de ciertos intelectuales de nuestros días que se dedican al nihilismo de cátedra, al cansancio de Occidente, que no quieren pagar impuestos porque consideran que al Estado no hay que darle nada (porque se lo gasta), pero que, como García Calvo, no duda en pedir públicamente que sus lectores le paguen los diez millones y pico que debe a Hacienda. Algunos, cuando pierden con Hacienda (es un decir), pierden también el honor. Es curioso, un hombre que ha leído, e incluso defendido alguna interpretación con voluntad de única, a Sócrates, quiera ahora que la cicuta se la tomen sus alumnos... Recuerdo que una vez le oí decir que a él le dolía el yo (como a otros a principios de siglo les dolía España), tema, claro está, de nuestra clínica-seminario; ahora aparte del yo, le duele el fisco. ¡Qué fiasco!

Juan Malpartida